

Décimo octavo Domingo. Tiempo Ordinario. Año B

Lectio divina sobre Jn 6,24-35

Algo sorprendidos tuvieron que quedarse quienes, tras haber sido alimentados milagrosamente por Jesús, acudían de nuevo a él: fueron en su búsqueda por que no lo encontraban; y cuando lo vieron, recibieron la más inesperada de las acogidas; Jesús les echó en cara torcidos intereses: no lo querían por cuanto había hecho él sino por el beneficio que habían obtenido ellos; en Jesús no buscaban signos para creer mejor sino comida para saciarse de nuevo. No deja de ser insólita, casi injusta, la reacción de Jesús: critica a cuantos lo andaban buscando; antes de que expresaran sus intenciones, ya las condenó por mezquinas. El Jesús capaz de hacer milagros es también un Jesús sorprendente, y hasta increíblemente duro. Razón de más tenían quienes lo buscaban con ansia: sin él temían volver a sentir necesidad y a no contar con nadie que la pudiera satisfacer tan fácilmente; si Jesús se les escapaba de sus vidas, sabían que perdían la oportunidad de experimentar de nuevo milagros; le seguían necesitando, porque seguían padeciendo necesidad.

En aquel tiempo, ²⁴cuando la gente vio que ni Jesús ni sus discípulos estaban allí, se embarcaron y fueron a Cafarnaún en busca de Jesús. ²⁵Al encontrarlo en la otra orilla del lago, le preguntaron:

«Maestro, ¿cuándo has venido aquí?»

²⁶Jesús les contestó:

«Os lo aseguro, me buscáis, no porque habéis visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros. ²⁷Trabajad, no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura para la vida eterna, el que os dará el Hijo del hombre; pues a éste lo ha sellado el Padre, Dios.»

²⁸Ellos le preguntaron:

«Y, ¿qué obras tenemos que hacer para trabajar en lo que Dios quiere?»

²⁹Respondió Jesús:

«La obra que Dios quiere es ésta: que creáis en el que él ha enviado.»

³⁰Le replicaron:

«¿Y qué signo vemos que haces tú, para que creamos en ti? ¿Cuál es tu obra? ³¹Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: "Les dio a comer pan del cielo."»

³²Jesús les replicó:

«Os aseguro que no fue Moisés quien os dio pan del cielo, sino que es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo. ³³Porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo.»

³⁴Entonces le dijeron:

«Señor, danos siempre de este pan.»

³⁵Jesús les contestó:

«Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no pasará hambre, y el que cree en mí nunca pasará sed.»

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

El discurso sobre el pan de vida (Jn 6,22-59) está localizado en Cafarnaún (Jn 6,22,24). Jesús, que acaba de saciar una muchedumbre (Jn 6,1-15) y salvar a sus discípulos en un mar embravecido (Jn 6,16-21), vuelve a congregarse en torno a sí muchedumbre y discípulos.

La primera parte del discurso (Jn 6,25-34) se abre con la pregunta del pueblo, a la que Jesús no contesta directamente (Jn 6,25). El gentío está desorientado por la repentina presencia de Jesús en Cafarnaún (Jn 6,22). La búsqueda de Jesús es interesada, guiada como está por la satisfacción de la necesidad. Jesús desvela las razones no declaradas: han sido testigos del milagro, se han aprovechado de él (Jn 6,26). Pero no han captado su carácter más profundo. No merece la pena esforzarse por buscar a Jesús, si quieren únicamente tener asegurado el pan material (Jn 6,27). Vale la pena esforzarse sólo por el pan que alimenta la vida para siempre. El Hijo puede dar ese pan, por tener el sello de Dios, su marca (Ex 28,11), su Espíritu.

Esa revelación de Jesús choca con la incompreensión: los judíos están dispuestos a realizar algunas obras, es decir preceptos de la ley; aceptan trabajar por algo que no es sólo el alimento diario y pregunta cuáles son esas obras que agradan a Dios. No han entendido lo que Jesús les ha dicho: el donante de la vida eterna es el consagrado por Dios; el pan no es obra por hacer sino don que recibir. Jesús corrige su mala comprensión afirmando que toda la obra de Dios está en creer en su enviado. No se trata de hacer cosas sino de aceptar una persona como enviado de Dios; ésta es la obra que asegura el pan de vida (Jn 6,29).

Pero quien no cree, necesita de pruebas. No les basta el signo de la multiplicación (Jn 6,30). Y se apoyan en que Moisés, que les dio la ley, venció su incredulidad con signos: el maná del desierto (Jn 6,31). La gente, saciada por un milagro, pide más signos; desea ver probada la legitimidad de Jesús, de manera semejante a como Moisés mostró la suya. De la obra del pueblo, por saciar su hambre, se ha pasado a la obra de Dios, la fe en su enviado, y de ella a centrar la atención ahora en la obra del Hijo.

Jesús rechaza esas pretensiones, sin negarlas, sobrepasándolas. Y lo hace solemnemente: el pan de Moisés no era verdadero, perecía con el uso, se corrompía si no se empleaba (Ex 16,15-21); no logró satisfacer el hambre del pueblo (Nm 11,4). El único pan que garantiza la vida sólo lo puede dar el Padre (Jn 6,32): baja del cielo y da la vida al mundo (Jn 6,33). Como el maná es don de Dios, como el maná baja del cielo, pero a diferencia de él, da vida al mundo, no sólo a Israel.

La incompreensión de los oyentes se presenta ahora como una interpretación errónea de la naturaleza del pan verdadero. Piensan que baja de las regiones superiores, que ha de ser comido una y otra vez y que conserva simplemente la vida natural. De este pan tienen hambre. La incompreensión judía obliga a una mayor revelación por parte de Jesús; se abre así un nuevo desarrollo en el discurso (6,35-51b); por vez primera, se recurre a la fórmula 'yo soy' (Jn 6,41.48.51), análoga a las que Dios en el AT utiliza para aludir a su voluntad salvífica (cf. Ex 15,26; Sal 35,3). En su persona concreta se satisfacen las necesidades más vitales del hombre: yo soy el pan de vida (6,35.48). Semejante identificación es el verdadero milagro realizado por Jesús; la multiplicación de los panes no fue más que el signo; quien pudo acallar el hambre de la multitud es, en persona, la vida, la existencia sin fin.

II. MEDITAR: *aplicar lo que dice el texto a la vida*

La multitud busca a Jesús, porque logró calmarle su necesidad. El hambre renacida la conduce de nuevo a él. Con inusual dureza Jesús desenmascara los verdaderos motivos de la búsqueda: lo quieren por lo que les da, no por cuanto es; lo desean, porque desean pan; no satisfarán totalmente su hambre, comiendo de un pan que perece. Su fatiga bien merecería mejor fin y mayor recompensa: la fe en él les conseguiría tenerle a su disposición como alimento imperecedero. Pero se pierden lo más, por andar tras lo menos. Buscar a Dios por lo que da es alimentar más nuestra necesidad; quererle por quien es, elimina el trabajo de tener que buscarnos más sustento. No se deja encontrar Dios, si sólo se le busca para colmar nuestras hambres; poco se respetaría a sí mismo, si permitiera convertirse en satisfacción de nuestros apetitos, por espirituales o urgentes que fueran.

Pues bien, a esta gente que, cargada de buena voluntad, se había embarcado y atravesado el lago tras el único hombre que podía calmar su hambre, Jesús la recibe con un reproche: "*me buscáis, porque comisteis pan hasta saciaros*". Y aunque ése fuera su único motivo, - que lo quisieran sólo porque querían saciarse de nuevo -, había sido ya una buena razón para que Jesús hiciera poco antes el milagro: la gente no buscaba en Jesús más de cuanto ya había en él encontrado. Y sin embargo, Jesús no lo vio así en esta ocasión. ¿Qué mal puede haber en hacer lo imposible por que no nos falte lo necesario en la vida? ¿Qué hay de equivocado en aferrarnos con todas las fuerzas a aquello que nos puede garantizar la vida? Si alguien nos asegura el pan, sin mucho esfuerzo, y la satisfacción de nuestras necesidades más vitales, ¿no sería necio perderlo de vista o no conseguir su amistad con todos los medios a nuestra disposición? ¿Quién de nosotros no lo haría?

El caso es que algo faltó a esa gente que se afanaba por alcanzar de nuevo un alimento que perece y es que, según el reproche que mereció de Jesús, no se preocupaba por el alimento que perdura. Apenas, se quejaba ya san Agustín, se busca a Jesús por quién es; y hacía decir a Jesús: "*Me buscáis por algo que no es lo que yo soy; buscadme a mí por mí mismo*". Y ese algo nos puede estar faltando también a nosotros. Porque, como aquella muchedumbre, podemos estar gastando nuestro tiempo, y nuestras vidas, en conseguirnos alimentos que no hacen más que satisfacer nuestras hambres y haciéndolas perdurar tanto más cuanto más las alimentamos: Jesús no quiere que lo busquemos si sólo vamos tras él para que vuelva a satisfacernos por un momento, con un pan a la medida de nuestra hambre; Jesús nos achaca que acudamos a Dios, cuando no logramos asegurarnos el alimento nosotros mismos; nos critica, si sólo vamos a Dios, cuando no hemos podido colmar nuestra hambre y apagar nuestra necesidad.

Y es que, bien mirado, tenemos que aceptar que sólo nos ponemos en camino hacia Dios cuando algo nos hace falta, cuando echamos de menos lo necesario, sin darnos cuenta de que, en el fondo, sólo Él nos falta, sólo Él nos es necesario. Solemos olvidar que Dios no es bueno por lo que nos pueda dar, sino que nos da lo que quiere por lo mucho, y lo bien, que nos quiere. No caemos en la cuenta, como la gente que buscaba a Jesús, que nuestro Dios es mayor que nuestra necesidad y mejor que sus dones; que nuestras necesidades, por vitales que sean, no son más que santo y seña de nuestra necesidad de Dios. Buscarle, en cambio, por cuanto puede darnos, sería rebajarle a ser a la medida de nuestras necesidades. ¡Poco valora a Dios, quien lo estima por cuanto le proporciona! ¿Y no es verdad que solemos acudir a Él, sólo cuando tenemos necesidad de cosas?

Jesús criticó a la muchedumbre que lo deseaba sólo cuando deseaba librarse de su necesidad; no se disgustó porque tuvieran necesidad de algo sino porque no sentían necesidad de él: el hambre que tenían y la satisfacción que recordaban haber obtenido con Jesús, los conducían a él; en el fondo, no querían estar con Jesús de nuevo, buscaban no estar otra vez hambrientos. Jesús se hubiera deseado que los pobres hubieran descubierto que su hambre los había llevado un día a él y que ese día él se las ingenió para calmar su necesidad; se sintió contrariado porque el interés por él de la gente era mezquino, tan momentáneo y pequeño como su hambre.

Y en verdad, ¿para qué nos sirve un Dios al que sólo acudimos para que nos calme nuestra hambre y nos colme nuestras faltas? Por necesario que se nos haga, un Dios que sólo utilizamos cuando tenemos que satisfacer nuestras necesidades, es un Dios inútil, tan raquítico y efímero como momentánea y pequeña es nuestra necesidad de Él. Un Dios a la medida de nuestra necesidad puede que nos resulte muy necesario en un momento dado, pero no será nunca el Dios verdadero; un

Dios al que buscamos, cuando precisamos de algo, es un Dios del que podemos prescindir alguna vez; un Dios que colma nuestra necesidad, cuando la padecemos, no es más que el resultado de nuestra pobreza.

Y Dios, como Jesús aquel día, se puede estar defendiendo de nosotros, de nuestra ansia de vivir al margen suyo, dándonos hambres insatisfechas y necesidades por colmar. Quizá esté esperando, como Jesús, que le busquemos no por cuanto nos puede dar, sino por cuanto quiere ser para nosotros. Reducirlo a simple calmante de nuestra hambre, puede ser beneficioso momentáneamente, pero significaría hacerlo tan vulgar e insignificante como somos nosotros mismos. Quizá nos estemos perdiendo a Dios, sólo porque de Él únicamente queremos sus dones, su ayuda, sus bienes: cuando no lo buscamos por lo bueno que es, sino por los bienes que nos faltan, cuando le echamos de menos sólo porque nos abruma nuestra falta de recursos, no queremos a Dios, nos queremos a nosotros mismos. Y nuestra búsqueda de Dios, como la de la muchedumbre un día, no es más que ejercicio de amor propio. Al final, si es que nos encontramos de nuevo con El, Jesús más que un milagro nos dará una reprimenda. Porque, como aquel día en el lago, no le gusta a Jesús ser deseado por los bienes que puede darnos, sino por lo bueno que quiere ser con nosotros.

Es verdad que hoy, y a diferencia de la gente que buscó a Jesús, la mayoría de nosotros no sabemos lo que es auténtica necesidad; es verdad que, de sentir hoy hambre, podemos buenamente satisfacérsela sin recurrir a Dios, sin tener que buscarle; Dios se nos está volviendo innecesario, porque o no padecemos necesidad alguna o ya sabemos calmarla nosotros mismos. Si no queremos perder a Dios para siempre, habrá que volver a descubrir nuestras hambres, no ya de pan perecedero sino de auténtica vida: y por mucho que lo escondamos, todos vivimos alimentando necesidades, de cosas que deseamos y de personas que queremos, de bienes que no tenemos y de los que aún buscamos; Dios nos ha hecho necesitados, incapaces de ahogar nuestra sed ni de colmar nuestra hambre, porque quiso que nada ni nadie pudiera ocupar en nuestro corazón su puesto. Olvidándonos de nuestras hambres o procurándonos el remedio que la calma, no encontramos tiempo ni los motivos para echarnos al camino en su búsqueda. Y un Dios al que no se le busca nunca, es un Dios al que se ha perdido para siempre.

Y pensar que lo tendríamos al alcance de nuestra mano: en Jesús eucaristía Dios se nos ha convertido en verdadero pan para nuestra hambre y alimento de nuestra pobreza. Porque quiso ser para nosotros satisfacción y descanso, nos hizo insatisfechos y preocupados; para ser Él nuestra riqueza, somos pobres y necesitados, para que siempre le necesitemos. No nos debe hacer muy felices, es verdad, nuestro estado de dependencia, pero nos ha de consolar que Dios tiene preparado el pan para nuestra hambre y el vino para nuestra sed: Cristo Jesús es, en el proyecto de Dios, el alimento de nuestras vidas, el pan del cielo. Podemos habernos equivocado, como la gente que se lanzó en su búsqueda, y haber esperado de Dios sólo la satisfacción de nuestra necesidad; pero si podemos llegarnos a Él y decirle como aquella multitud: Danos, Señor, ese pan para siempre. No permitas que logremos saciarnos nosotros mismos, no dejes que nos bastemos a nosotros mismos del todo, para que comprendamos que sólo tu eres nuestro bien, el pan para nuestras hambre y el sostén de nuestras vidas.